



## CAPÍTULO XII

### HIGIENE DE LA CABELLERA

**E**STAMOS lejos de los tiempos en los que los romanos compraban á mitad de precio las esclavas calvas, y estamos también lejos de conceder á la cabellera la importancia que nuestros padres la concedían, desde el punto de vista estético. Sin embargo, es para todos bien triste perder el pelo. Nadie se irrita por sus defectos como un calvo, sobre todo cuando la calvicie se posesiona de él *antes de ser viejo*. ¿Y quién no se esfuerza por ocultar su edad? ¡Cuántos hombres son mujeres, bajo este punto de vista! ¡Cuántos gastarían, para encontrar su cabello, tanto por lo menos, como han podido gastar en perderlo!

No es posible calcular, ni aun aproximadamente, las cantidades recaudadas por los charlatanes que negocian con el crecimiento del pelo. Corren parejas en número con la multiplicidad y valentía de sus ideas. Entre éstos recordamos la del nuevo *calvicuro*, que últimamente se presentó con gran reclamo en el Canadá. Consistía en el tratamiento por las ventosas, la cura neumática de los calvos, llamada allí el «cáliz capilar». El inventor declaraba que la caída de los cabellos era debida á una disminución en el aflujo de sangre al cuero cabelludo, cuya consecuencia traía la atrofia del bulbo capilar. Este cáliz no es otra cosa que un gorro de cauchouc, donde se puede hacer el vacío, una especie de ventosa que activando la circulación excita el crecimiento normal del pelo y estimula la producción de folículos sanos.

Después de las fluctuaciones sin cuento que la cabellera ha sufrido en la historia de los pueblos antiguos y en nuestra historia nacional, la idea de tener buena cabellera ha prevalecido en el deseo de nuestros contemporáneos. Esto por lo que al sexo feo se refiere. En cuanto al bello sexo, una

rica cabellera será siempre el fin de sus ambiciones y el objeto de sus cuidados; el cabello ha sido y será siempre lo que decía San Pablo: «la gloria de la mujer». Esta debe estudiar el delicado arte de adaptar su tocado á su fisonomía.

Por lo tanto, no perdamos nuestro cabello, porque una vez perdido, es difícil encontrarlo. Para convencerse de esta verdad, que apoyaría J. Prudhomme, contemplemos (como propone Heine) las numerosas calvas que esmaltan un congreso de médicos y que no han dejado de ensayar las muchas panaceas que se disputan el honor de repoblar los cráneos pelados.

Malgaigne refería la historia de un charlatán, que para explotar uno de tantos *regeneradores* del cabello, dirigió las muestras á los individuos de cierta Academia médica. Al principio alguno lo tomó á risa; después hubo quien dijo al oído de su compañero: «Creo que brotan».

Si deseáis, queridos lectores, que investiguemos la causa del deseo de tener buena cabellera, veremos que aquélla se encuentra en la moda, en el deseo de agradar y en la necesidad inherente á la Naturaleza. Porque la cabellera no es

sólo un adorno para la cabeza, es además un signo de fuerza y de salud; es un agente defensivo contra las influencias exteriores; es un protector contra los golpes, el frío, el sol, la humedad, etc., contra la acción ofensiva de las variaciones meteorológicas.

El cabello es un órgano admirablemente constituido para absorber la humedad; y nadie ignora que precisamente en estas propiedades higroscópicas se basa un higrómetro, poco exacto, pero delicado, y que descubrió el físico francés de Saussure. La medicina enseña de un modo brillante la acción orgánica del cabello en este sentido: se observan dolores de cabeza continuos, corizas rebeldes á todo tratamiento, reumatismos crónicos del cuero cabelludo, neuralgias faciales tremendas y persistentes, conjunto patológico que desaparece como por encanto (en los calvos), con la simple prescripción... ¡de una peluca! (1)

(1) El vello se encuentra en todos los sitios donde dos superficies cutáneas se ponen en contacto y se frotan durante los movimientos del cuerpo (hueco axilar, pliegue internalgar, periné, región perineo-escrotal y perineo-vulvar).

Se puede comprobar mediante experiencias con trozos de piel

Pero no se trata de esto ahora. Nos ocuparemos en conservar el cabello.

Para esto, hay que saber las causas que determinan su caída. Entre las principales tenemos las enfermedades. Bien sean generales, como la tisis ó la fiebre tifoidea; ó bien locales, como el eczema y las tiñas, el estudio de estas causas no debe retener al higienista: corresponden á la medicina propiamente dicha.

Existen ciertas predisposiciones diatésicas hereditarias, aún poco definidas, que hacen que los individuos de una misma familia, sin causa aparente alguna, pierdan pronto el pelo, á los vein-

cubierta de pelos, que éstos últimos hacen el deslizamiento más fácil.

También sirve el cabello para regularizar el calor del cuerpo. En el hombre el cabello está destinado á llenar este fin; no sólo es mal conductor del calor por sí mismo, sino por el aire contenido entre uno y otro cabello.

Durante la frotación, la pluma menuda ó plumón de los animales se carga de electricidad negativa, mientras que los pelos duros se cargan de electricidad positiva; gracias á la atracción de los plumones de electricidad opuesta y á la repulsión de los pelos de electricidad análoga, el plumón y el pelo se disponen de modo que sostienen cierto grado de humedad. El pelo en el hombre está destinado á preservar el cerebro del frío y del calor (Exner).

Por último, los cabellos sirven para el embellecimiento y la atracción de los sexos opuestos.

ticinco ó treinta años, por ejemplo. Estos hechos han sido frecuentemente atribuídos al vicio reumático; de la calvicie precoz he hecho uno de los rasgos más característicos en mis estudios sobre el *artritismo*.

La exageración del trabajo cerebral, las pasiones depresivas, los cuidados, penas, dolores morales; las vigiliass repetidas frecuentemente, la vida de tensión de las grandes ciudades: he aquí varias causas de caída del pelo. El abuso de los placeres del amor, obra también poderosamente en este sentido y esto independientemente de toda enfermedad específica. La influencia de un exceso de alimentación y de bebida, ¿no habrá sido exagerada? Para nosotros, es indudable que puede atribuirse á la causa precedente. La confusión es fácil además (digámoslo en latín) *a Cerere et Baccho friget Venus*. De todos modos, es indudable que la alopecia es muy frecuente en los que llevan una vida licenciosa; podemos convencernos de ello, contemplando desde un palco las butacas de orquesta en noche de función.

Pasando á otro orden de ideas más sencillas,

debemos ver en el sombrero una de las más poderosas razones de calvicie. Es cierto que la horrible toca y el comodón gorro han desaparecido, por cierto, de nuestra democrática sociedad. Pero nos queda el sombrero de copa, ese punto de mira de la indignación de todas las gentes sensatas, ese ridículo cilindro, pesado, incómodo, compresor de cráneos y obstáculo insuperable para la aireación del cuero cabelludo. Persiste, en su estúpida y solemne gravedad, ese tubo idiota; no se ha creído en el caso de sucumbir bajo las injurias redobladas de la higiene y del buen gusto...

El cuero cabelludo necesita ante todo una ventilación frecuente y su vegetación es más exuberante al aire libre. Comparad las cabezas, descubiertas constantemente, de nuestros camareros de fonda y café, con los desnudos cráneos de nuestros jefes y oficiales, víctimas de las pesadas gorras militares. Por la ausencia de ventilación y por la presión del turbante, vemos á los orientales calvos en la flor de su edad. Por último, las mujeres que comprimen sus cabellos con apretadas ataduras y que escogen como adornos

los que retuercen, estiran y comprimen la cabellera, cansan sus bulbos pilosos y favorecen de este modo la alopecia precoz. Los cabellos deben estar suavemente alisados, poco apretados, colocados con dulzura, para la aireación indispensable. En suma, ¡la libertad es hasta para el pelo una cosa excelente! (1).

En la cabeza se acumulan sin cesar la secreción sudoral, los productos sebáceos y los restos de epidermis. Y no sólo son esos detritus para el cuero cabelludo cuerpos extraños que dificultan sus funciones, sino que además pueden, fermentando, hacerse causas de irritación manifiesta. Por otra parte, el pelo está por naturaleza sujeto á enredarse más ó menos, y á esto es debida en parte la alopecia de las recién paridas y de las convalecientes cuando después de un abandono forzoso recurren á la brutal acción del peine.

Nada tan propicio (ya lo hemos dicho) para el vigor del cabello como la aireación permanente,

(1) El peinado es, seguramente, la parte del arreglo que más cuidan las mujeres. Por esto las poco discretas y las mujeres que por sí mismas se peinan, llevan consigo un indicio seguro de su carácter. Balzac. *Jane la pôle*.

la *ventilación* de la cabeza con el peine y el cepillo. Hay que abandonar el peine fino para usar como desenredador el de púas separadas; el peine fino arranca el pelo é irrita el cuero cabelludo propenso á la pitiriasis (películas, caspa; del griego, *pituron*, salvado). El cepillo será duro; se le manejará con más ó menos persistencia, según la sensibilidad individual. Los cepillos metálicos, cuya dureza puede graduarse, son muy higiénicos y conservan notablemente (lo decimos por experiencia) la limpieza y la vitalidad del cuero cabelludo. Los objetos que sirven para el aseo de la cabeza se deben conservar en la más absoluta asepsia. Limpiando estos objetos, sumergiendo á menudo en una solución alcohólica ó fenicada los cepillos, peines, pinzas, cordones, postizos, cofias, redcillas, etc., se evitarán casi positivamente las enfermedades parasitarias que afectan al cuero cabelludo. El vinagre aromático es preciso para la limpieza y conservación de los cepillos de crin, que encuentran al ponerse en contacto con el ácido su dureza y su limpieza primitivas.



Una práctica bastante mala para la cabeza, pero muy seguida, es el uso regular del agua en abluciones jabonosas ó no. Ellinger demuestra, con una estadística, que esta costumbre es uno de los principales factores de la calvicie precoz. De 100 alopécicos, 85 se daban desde su juventud abluciones acuosas, y entre los que habían conservado hasta una edad evanzada una cabellera bien espesa, 8 sólo por 100 tenían aquella costumbre. Bajo la acción del agua, el bulbo pilífero se hincha y hace caer el pelo, que se vuelve tierno, seco, quebradizo. Todo el mundo ha notado que los sujetos cuyo cuero cabelludo está desnudo transpiran mucho de la cabeza; y este hecho, ¿no es más bien la causa que el efecto de la calvicie? Proponemos este problema á los maestros competentes.

De todos modos, los que teman la calvicie deben ser *hidrófobos*, evitar la inmersión de su cabeza en el agua de los baños, y durante los calores de verano no deben humedecerse demasiado el cuero cabelludo. Una ó dos veces al mes solamente deben lavarse la cabeza con agua tibia de salvado, que tenga en suspensión

una yema de huevo ó algunos gramos de bórax en disolución.

¿Qué cosméticos se emplearán para la cabeza? A decir verdad, ninguno es indispensable. Sin embargo, la utilidad de dar á los cabellos una dirección armónica capaz de facilitar el peinado, ha hecho imperioso el uso de pomadas y aceites, la fuerza tiránica de su majestad la Moda. ¡Las pomadas! Preparaciones malas, que se enrancian fácilmente, dejando en la cabeza un residuo compacto y resinoso, sucio é irritante, que necesita la práctica constante de las limpiezas de cabeza, perniciosa al cabello. Los aceites tienen menos inconvenientes, sobre todo el aceite de ricino, que se enrancia poco. La glicerina, que químicamente es un alcohol, posee las propiedades físicas de los aceites sin sus inconvenientes; lo que restringe, según nuestra opinión, su empleo como cosmético es que, lejos de lustrar y de suavizar el pelo, lo deslustra y lo aglomera. Sin embargo, recomendamos con gusto una *brillantina* para el cabello, compuesta de alcohol á 30°, ó ron añejo, donde se disuelve una décima parte de glicerina muy pura, adicionada con

esencia de limón ó de bergamota. Los lavados demasiado frecuentes, así como el empleo de ciertas lociones capilares, pueden determinar dolores de cabeza muy rebeldes. Esta *cefalea de los elegantes* se toma á veces por neurasténica cuando se ignoran sus orígenes.

La Medicina contemporánea ha encontrado en una planta, el jaborandi, un agente precioso para acentuar la salida y la coloración del cabello. Millares de observaciones favorables nos impelen á preconizarla con ese fin, en lociones con una maceración de hojas de jaborandi quebrantadas (hecha en frío durante quince días) en un peso cuatro veces superior de extracto flúido de quina y tintura de árnica mezclados. Probadlo, lectores alopécicos; la experiencia es fácil y sin ningún peligro; es probable que obtengáis buenos resultados, no sólo en los casos de caída prematura, sino en los casos de decoloración parcial y precoz del cabello. Esta mixtura es la que recomendamos á las rubias, que se quejan de un mechón cefálico, matizado con muy distinta tonalidad que el resto de su pelo.

Las inyecciones subcutáneas de pilocarpina

(el alcaloide del jaborandi) aumentan la vitalidad del pelo en su crecimiento y en su pigmentación; pero reclaman una larga persistencia, si se desea obtener buenos resultados en la alopecia y en la canicie atróficas.

Los fijadores del cabello, bandolinas, etc., tienen casi siempre por base la goma tragacanto, las resinas, el mucilago de membrillo. Son preparaciones perjudiciales, que irritan y engrasan la cabeza é impiden la nutrición del cuero cabelludo. Además, los cosméticos fijadores, tirando de los pelos, sobre todo en el vértice de la cabeza, donde son rebeldes al peine, resultan muy perjudiciales. Tal vez por su causa la calvicie sea tan frecuente y tan precoz en la coronilla, donde están los cabellos fuertemente estirados y de donde también parte la raya que el peine traza. Y, á propósito de ésta, digamos que nunca debe hacerse en el mismo sitio, sino, por el contrario, debe cambiarse frecuentemente. Para vivir á gusto, el cabello exige principalmente no verse atormentado. Por esto no hay que depilar las canas: esta práctica imprudente no sólo precipita la canicie, sino que la complica con canicie positiva.

Perjudiciales también á la vitalidad del cabello son la ondulación y el rizado con el hierro caliente; y esto no es sólo por las tracciones que se ejercen, sino además porque el calor del hierro modifica la constitución del pelo y determina su muerte. Se ha aconsejado el hierro calentado en agua; pero no es mucho mejor. Lo más que podemos tolerar á nuestras amables lectoras serán los papelitos, las pinzas, los *bigudis*; pero recomendándoles la mayor suavidad en su aplicación.

Por la noche, les aconsejo que trencen su pelo en dos mitades y no en una sola trenza. Este último procedimiento estira las raíces y tiende á dejar las sienas sin pelo.

Cada dos meses, próximamente, conviene refrescar el cabello cortando las puntas. *No debe cortarse nunca el pelo á rape*. Esta práctica no da resultado alguno desde el punto de vista del crecimiento, y, por el contrario, va acompañada de anginas, neuralgias dentarias, dolores de oídos, catarros de la nariz y de la laringe, sobre todo en nuestros climas templados, en los que las variaciones atmosféricas y meteorológicas son tan

frecuentes. De manera que al niño debe conservársele el pelo durante los tres ó cuatro primeros años de la vida. Bajo el falso pretexto de procurarle una abundante cabellera (entonces, cuando, según asegura muy bien Cazenave, la más hermosa melena es la que nunca han tocado las tijeras), se suprime cruelmente á la tan delicada cabeza del pequeñito los mechones de protección natural. Renunciemos, pues, á esta viciosa costumbre.

Aconsejamos en los niños: 1.º, no cortar bruscamente una hermosa melenita; 2.º, no cortar muy á menudo los cabellos *fuertes y muy crecidos*; porque una abundante cabellera (sustrayendo á la sangre una gran cantidad de jugos nutritivos, hierro, azufre, cal, sílice, etc., alimentos minerales importantes) puede engendrar la debilidad y la cloro-anemia; muchas *cachexiæ virginum* no tienen otra causa. Es cierto que se puede tonificar el pelo con la ingestión continua de sales de hierro, suministrando á la vez azufre al organismo. He obtenido resultados para ennegrecer en los niños las cabelleras rojizas, mandando: 1.º, 20 centigramos de proto-oxalato de



hierro en cada comida; 2.º, la limonada sulfúrica en bebida.

No hay que olvidar que el pigmento pilífero procede, en suma, de la hemoglobina de la sangre; por esto, si los cabellos crecen, la sangre se empobrece. Los harinosos y los feculentos, principalmente la avena, muy ricos en sílice, en hierro y en manganeso, son agentes poderosos de nutrición para el cabello. Los pueblos vegetarianos son frecuentemente más cabelludos que los carnívoros; comparad los escoceses y los ingleses, los galos y los romanos, etc.

La decocción de cuerno de ciervo contiene una gelatina especial, la *queratina*, que es muy análoga á la parte orgánica del pelo; recomiendo su empleo á las personas cuyo cabello es fino y escaso.

El uso de la sal en los alimentos es igualmente muy bueno para vivificar y lustrar las producciones pilosas. Los animales que consumen más sal tienen el pelaje más tupido y más brillante. La raza bretona, que come siempre muy salada la alimentación, es la raza más cabelluda de Europa.

¿Qué debemos hacer cuando se cae el pelo? El higienista práctico debe responder á la pregunta; pues es inconcebible que sólo pueda dar indicaciones generales. Se empezará por refrescar los cabellos y hasta afeitarlos, si el cuero cabelludo no se irrita por la acción de la navaja. ¿Está el pelo seco? Se le unta con aceite de ricino, adicionado con quinina, azufre, alcanfor, alquitrán ú otra substancia aséptica. ¿Está grasiento? Se usarán lociones alcalinas, al borato ó carbonato de sosa, alcohol á 86º, saponina, substancia que forma la base del champoing de los peluqueros. Si la piel del cuero cabelludo está escamosa, se recurrirá á los balsámicos, aceite de enebro ó de álamo blanco; si hay costras, se las hará caer con cataplasmas de fécula, para emplear después los modificadores que aconseja la medicina, variables según los casos. Si, por último, hay que destruir (lo que es frecuente en los niños, hasta en las clases ricas), ciertos parásitos animales que se llaman en francés *poux*, se emplearán las lociones de la cabeza, con una solución de sublimado corrosivo al 1 por 1.000 (1).

(1) El autor consigna la dosis del trescentésimo, cantidad que

Lassar considera que la caída prematura del pelo es generalmente de origen parasitario. El tratamiento debe inspirarse en esta creencia ó en buscar su confirmación, si es exacta. Lo cierto es que Lassar ha obtenido muy buenos resultados en un millar de casos. Así afirma la posibilidad de detener con una medicación apropiada, los progresos de la alopecia. Con este fin Lassar emplea, desde 1880, el método siguiente descrito en su libro *Haarkuren*:

«Todos los días, durante las seis ú ocho primeras semanas, menos á menudo después, se enjabona sin violencia, con la mano, el cuero cabelludo durante unos diez minutos, de preferencia con un jabón que contenga una gran cantidad de alquitrán.

Se lava después con cuidado el jabón con un irrigador ó un aparato de ducha cargado de agua, al principio templada, después fría.

Estas lociones frías tienen por resultado aumentar la resistencia de la piel y disminuir la

creemos insuficiente, si quiere expresar tres centigramos de sublimado para cien gramos de agua, ó de expuesto manejo, si se refiere al tres por ciento.

sensibilidad al frío, que presentan casi todos estos enfermos.

Se seca y se fricciona con la siguiente solución:

Bicloruro de mercurio.....	0,50	gramos.
Agua destilada.....	150	»
Glicerina.....	} de cada cosa	50
Agua de colonia.		

Tan pronto como la cabeza esté seca, se hace una segunda fricción con

Alcohol absoluto.....	100	gramos.
Naftol beta.....	0,50	»

y, por último, otra con

Acido salicílico.....	2	gramos.
Tintura de benjuí.....	3	»
Aceite de pie de vaca.....	100	»

Esta solución oleosa debe aplicarse profusamente sobre la piel desengrasada por las anteriores maniobras.

Este procedimiento llena todas las indicaciones; la cabeza se limpia á fondo, el sublimado puede llegar al nivel del orificio de los folículos

Los pilosos y penetrar en ellos; el alcohol seco desengrasa y desinfecta; el aceite salicilado absorbido fácilmente, puede llegar á actuar hasta el interior de los elementos glandulares.

Algunos casos resisten; hay que insistir entonces en las fricciones con sublimado (que se repiten varias veces al día).

En los casos de marcha rápida, el alquitrán (baños locales) se recomienda mucho.

Doy además las fórmulas siguientes:

Clorhidrato de pilocarpina..	2	gramos.
Vaselina amarilla.....	20	»
Lanolina.....	80	»
Esencia de lavanda.....	XXV	gotas.

y

Clorhidrato de pilocarpina..	2	gramos.
— de quinina.....	4	»
Azufre precipitado.....	10	»
Bálsamo del Perú.....	20	»
Medula de vaca.....	64	»

Nada hay tan delicado de prescribir y manejar como las preparaciones algo activas que se mandan contra la caída del pelo; para utilizarlas, no digo con resultado, sino sin peligro, se nece-

sita por lo menos la ciencia de un médico hábil. Nuestros lectores se pondrán en guardia contra todos estos productos que componen el arsenal del reclamo moderno y sacarán de ello provecho.

Damos una fórmula á continuación que se aplica á todos los casos en que, sin causa bien sensible, se manifieste la alopecia. Mañana y tarde, se fricciona el cuero cabelludo con un poco de la pomada siguiente:

Vaselina blanca.....	40	gramos.
Aceite de ricino.....	20	»
Acido gálico.....	3	»
Esencia de la vanda.....	XX	gotas.

Mézclese según arte.

Esta es una preparación *tónica* y sin peligro alguno.

Para la limpieza de la cabeza el mejor agente es, sin contradicción, el alcohol de vino concentrado á 90° que se adiciona (si hay caspa abundante) con un milésimo de sublimado. Sin embargo, las lociones alcohólicas, muy repetidas, tienen el inconveniente de desecar el pelo y

acelerar su decoloración; se deberá, por lo tanto, usar dos ó tres veces por semana, por lo menos, un cosmético graso. El mejor es la vaselina ó la lanolina cuando es pura; se la perfuma á voluntad y tenemos así una pomada que tiene todas las ventajas de los cuerpos grasos, sin presentar ninguno de sus inconvenientes (manchas, enranciamiento, etc.).

La alopecia debida á la pelada, y la debida á la sífilis, necesitan una intervención terapéutica especial que, por mi parte, he visto casi siempre coronada de resultados.



Hacia la edad de los treinta y cinco años en el hombre, un poco más pronto en la mujer, se ven poco á poco, y en el centro de los cabellos de color natural, brillar como hilitos de plata: es la *canicie* que empieza; empieza generalmente por las regiones temporales, y es del latín *tempus* de donde sacan su nombre estas regiones, porque allí es donde el tiempo ejerce sus destrozos. Las causas que hemos indicado de la

calvicie prematura, apresuran igualmente la canicie; no nos detendremos más en ellas. En cuanto al mecanismo de producción del cabello blanco, nuestros lectores saben evidentemente que el pelo es un órgano hueco que contiene en su interior una especie de medula de diferente modo pigmentada. Pues bien; á la desaparición de esta medula es debida la blancura del pelo; el blanqueo se verifica desde la base á la porción libre. No tiene razón alguna la creencia de que los rubios conservan durante más tiempo su pigmento medular; parecen blanquear más tarde, porque el pelo blanco destaca menos sobre una cabeza rubia; esta es la sencilla explicación de un prejuicio bastante extendido...

La herencia juega un gran papel en la canicie. Los niños de viejos están fácilmente predispuestos; las neuralgias antiguas, el alcoholismo, las vigilias prolongadas, la gota, la mayoría de las enfermedades agudas graves, pueden acarrear la canicie prematura. Porque ella no es siempre un fenómeno de regresión vital, causada por los progresos de la edad ó por una enfermedad general ó local. Puede rápidamente producirse bajo

la influencia de un trastorno del sistema nervioso ó de una emoción violenta.

Las observaciones son raras: hay que procurar no multiplicarlas fuera de lo justo ni imitar al historiador que cuenta que el cabello de María Antonieta pasó del negro al gris, á causa de las duras pruebas á que fué sometida, cuando la causa de esa canicie rápida residía simplemente en la privación de una tintura negra, que usaba todos los días. Pero hay varios ejemplos de canicie repentina, tan difíciles de explicar como de negar. Tomás Morus blanqueó durante la noche que siguió á su condena á pena capital, y esto hizo decir á su apologista: «*¡O nox cuam longa es; quæ facis una senem!*»

Estos casos de canicie rápida son raros, pero su existencia es evidente. Bichat, Charcot, Georges Pouchet y otros muchos autores dignos de crédito, han referido ejemplos de ellos, sometiéndolos previamente á la investigación científica más severa.

Una historia curiosa es la que el ilustre Campanella atribuye á un fraile. Este fraile era candidato al episcopado; pero muy joven aún para

ser mitrado, partió para Roma con objeto de pedir una dispensa al Papa. Negada su petición, encaneció en una noche por el despecho, hasta el punto que el Papa no le reconoció á la mañana siguiente y le nombró entonces obispo «*quem evidenti signo Deus probasset*». ¡Aviso á los candidatos al episcopado!

Existen también canicies de origen emocional: los doctores Boissier y Bidon (de Marsella), han referido recientes ejemplos innegables.

Se citan también hechos de canicie parcial que ocupan, por ejemplo, la mitad de la cabeza. Más raros son los hechos de encanecimiento intermitente; sin embargo, Oesterlen ha visto personas cuyos cabellos blanquean después de un exceso de comida ó de otra clase, volviendo después á su coloración normal. Pero, lo repetimos, hay que desconfiar de las cabelleras que blanquean por faltarles el tinte artificial; podemos referir un célebre y reciente ejemplo citando la historia del regicida Orsini, negro ébano cuando su detención y plateado cuando su suplicio.

Sin embargo, se han referido varios casos de viejos cuyos cabellos ó barba blancos, habían vuelto á su coloración natural de la juventud, sin artificio alguno. El doctor Kovéos da la siguiente explicación de este fenómeno tan curioso.

En todas las edades, el pigmento en la capa inferior de la epidermis no cesa de producirse y continúa existiendo; sucede, sin embargo, que en los viejos, este pigmento no puede ser arrastrado, como antes, desde la mácula á las capas exteriores del pelo que, desprovisto de él, blanquea. Esta blancura puede explicarse, diciendo con Landois y Wilson, que en los viejos, lo mismo que en los individuos debilitados por diferentes causas, los quimos orgánicos que circulan en el cuerpo del pelo disminuyen en gran parte y están reemplazados por burbujas de aire. Si por razones nerviosas ú orgánicas inexplicables en cierta época de la vida, los quimos orgánicos vuelven á circular en el cuerpo del pelo, arrojan las burbujas de aire, ó el pigmento que sin cesar se produce en las capas inferiores de la epidermis y restablecen á su primitivo estado las

capas externas del pelo, y entonces es cuando los cabellos blancos se obscurecen ó colorean. Se opera, por decirlo así, una especie de regeneración orgánica muy curiosa, que se parece al hecho que algunos autores han comprobado de tercera y hasta de cuarta dentición, en individuos que han llegado á una extrema vejez: ¡una especie de locura irónica de la naturaleza!



El arte de teñir el pelo ha estado, desde hace mucho tiempo, muy perfeccionado en Oriente y sobre todo en Persia. En Occidente también ¡por desgracia! muchas personas se tiñen el pelo; nadie mejor que el médico sabe lo frecuente que es este fraude, aunque á la verdad, se le consulta poco cuando se quiere emplear una tintura. Desde la mitológica maga Medea, todos los productos susceptibles de teñir en negro, han sido empleados sucesivamente para regenerar el color del cabello. Desgraciadamente, es positivo que las preparaciones tintóreas inofensivas no responden y sólo dan una coloración dudosa y fu-

gaz, mientras que las *tinturas* dignas verdaderamente de este nombre, son preparaciones perjudiciales. Están compuestas á base de sales de plomo, de plata, de cobre, de mercurio, de cal, de bismuto, de estaño, etc., que cuando no producen en toda la economía los síntomas generales de las diferentes intoxicaciones, irritan siempre el cuero cabelludo y causan erupciones graves ó deterioran el cabello y ocasionan una calvicie rápida. Desconfiemos también de los peines de plomo; han causado envenenamientos graves, como los que refiere Balzac en *l'Histoire des treize*.

Las tinturas rubias americanas, á base de sulfato de cadmio y de sulfhidrato amónico, son poco peligrosas. Pero su acción local es siempre perjudicial al cabello, sobre el cual no puede ejercerse impunemente y por mucho tiempo los tormentos de la química.

Lo mismo sucede con las tinturas *instantáneas* á base de nitrato de plata, que van generalmente en tres frascos distintos; el primer frasco está compuesto de ácido gálico y pirogálico y de alcohol teñido al tornasol; el segundo frasco con-

tiene una disolución de nitrato de plata en una parte igual de amoníaco puro y está todo diluido en agua gomosa; el tercer frasco, encargado de dar el matiz, se compone de hidrosulfito de sosa y alcohol coloreado, y adicionado con agua destilada.

Las tinturas *progresivas* son perjudiciales porque producen la intoxicación saturnina, estando generalmente compuestas de sal de Saturno y de hiposulfito de sosa. Y se sabe que las preparaciones metálicas más sospechosas son las de base de plomo; exponen á las personas que las usan á los más pésimos efectos y á todos los accidentes generales del *saturnismo* (1). En cuanto

(1) M. Little dice que encontrándose en presencia de ciertos trastornos nerviosos inexplicables no hay que olvidar la posibilidad de una intoxicación saturnina. Recuerda á este propósito el caso de un enfermo que le ha consultado por cefalalgias, que no ha podido desterrar. Después supo que este enfermo curó de sus dolores de cabeza dejando de teñirse el pelo.

M. Doyle ha observado en un enfermo que se teñía el pelo con una preparación que contenía cobre, síntomas de neuritis y de delirio.

El pelo teñido con sales de plata, que generalmente toma un tinte caoba desconsolador, puede volverse á su matiz primitivo si se le quita el óxido de plata, del modo siguiente que me ha indicado el sabio químico M. Roy:

Se moja por completo el pelo con una solución de yodo en al-

á los productos á base de sales de cobre y de nitrato de plata, si son poco visibles desde el punto de vista de sus efectos generales, producen casi siempre una irritación local funesta para el cabello.

En resumen, debe decirse á propósito de las tinturas lo que Constantino James escribía hace veinte años: «Aunque el arte de teñir los cabellos haya hecho notables progresos; aunque se citen personas, que desde hace tiempo lo practican, sin que su salud haya sufrido á pesar del uso de diferentes preparaciones, hay que recor-

cohol (tintura de yodo muy débil); después, cuando el alcohol se ha evaporado, se lava profusamente el pelo con una solución templada y concentrada de hiposulfito de sosa.

El yoduro de plata que se forma es muy soluble, y casi siempre una sola aplicación bastará para probar la eficacia del procedimiento. Es cierto que los cabellos, la piel del cráneo, la de la cara y manos quedan manchadas por el yodo; pero, pasada la noche, esas manchas desaparecen.

Ved también una solución muy sencilla debida á F. Hahn:

Bicloruro de mercurio.....	} ana....	5 gramos.
Clorhidrato de amoniaco....		
Agua destilada.....		40 »

Mézclese.

Se moja el pelo con un pedazo de franela humedecido en esta mezcla y se fricciona después.

dar constantemente que la señorita Mars, que se teñía con la esperanza de una juventud eterna, sucumbió cierta noche á causa de trastornos cerebrales determinados por una reciente aplicación.»

Sin embargo, *et pour faire un peu grâce à la nature humaine*, citaremos algunos productos inocentes para teñir el pelo; productos (como acabamos de decir) poco tenaces, ¡por desgracia!, y muy efimeros en su acción; son las pomadas y los cosméticos negros á base de negro de humo y de carbón de corcho; soluciones de tinta de China en agua de rosas, de las que se sirven los orientales; los productos con base de manganeso, cáscara verde de nuez, nuez de agallas ó tanino; y las preparaciones á base de hierro, que pueden emplearse racionalmente al interior, puesto que la medula coloreada del pelo debe su coloración principalmente al hierro, como los demás pigmentos de los organismos animales.

Se puede, merced á una solución de potasa al 10 por 100 empleada diariamente, aumentar el tinte de una cabellera castaño obscura. El *Journal des Goncourt* refiere á este propósito que el



difunto doctor Tardieu, visitando una fábrica de potasa, se admiró del tono de los cabellos de los obreros y obreras de la misma. Este matiz era el moreno veneciano reluciente. Y el dueño del establecimiento decía á Tardieu, que toda su gente se volvía de este modo á los diez y ocho meses. Contada la historia en París en una reunión de señoras, hizo que se verificaran, primero en secreto y luego claramente, algunos ensayos, y la potasa entró en el tocador de la parisiense.

Desde un punto de vista general diremos que no debe teñirse el pelo, porque aparte de los inconvenientes y los trastornos que estas prácticas tintóreas llevan consigo, son poco ventajosas para la belleza, que reside principalmente en la armonía y en la verdad de las formas.

Los teñidos no sientan bien más que á las caras que no han envejecido, porque de lo contrario, se lleva, según frase de Arquídamo, «la mentira en la cabeza».

Ved á continuación algunas fórmulas que no son antihigiénicas:

Hágase hervir un gramo de sulfato de hierro

en 60 gramos de vino tinto, y lávese con esta mezcla el cuero cabelludo dos veces por semana.

#### POMADA NEGRA

Cera blanca..... 125 gramos.  
Aceite de olivas..... 300 >

Hágase fundir y añádase:

Carbón de corcho..... 60 gramos

para teñir de vez en cuando el pelo con el peine.

Otra fórmula, extraída de la hulla, que es más moderna, más tenaz, pero más peligrosa para los herpéticos, es la siguiente:

Parafenidiamina..... 20 partes.  
Sosa cáustica..... 14 >  
Agua..... 1.000 >

Para servirse de ella hay que desengrasar el cabello con una solución alcalina y aplicar esta tintura *con precaución*, fijándola con la solución siguiente:

Agua oxigenada..... 3 partes.  
Agua..... 100 >

El cabello se oscurece gradualmente en el espacio de doce á veinticuatro horas. Si se desea un tinte más negro, se hace otra nueva aplicación.

El teñido á rubio se obtiene por el *agua oxigenada* (que acaba por alterar la constitución del pelo) y mucho mejor hirviendo, hasta reducción á la mitad, 150 gramos de ruibarbo en medio litro de vino blanco. Se filtra, se empapa el pelo y se deja secar. Esta última fórmula es *inofensiva*, pero poco permanente. Sin embargo, es menos *momentánea* que la tintura de cúrcuma.

Los colorantes vegetales nos proporcionan la única tintura en rubio dorado que poseemos, la más perfecta, además, de las tinturas, el henné. Se extrae de las hojas del lausonia inermis, arbusto que tiene unos racimos de flores de un amarillo de oro y que crece en Oriente, principalmente en la Siria. Es conocido y empleado desde muy antiguo, para teñir y colorear los cabellos y la piel, y se ha introducido recientemente en Europa para este uso. Es un polvo verduoso que se hace con las hojas secas y compri-

midas del arbusto, y para su empleo se amasa con agua en forma de pasta que se aplica como cataplasma sobre el cabello que se quiere teñir.

Su inocuidad es completa; su único inconveniente es la dificultad relativa de su aplicación, que debe confiarse á un peluquero. El contacto del pelo con la pasta vegetal debe, en efecto, prolongarse de una á varias horas, según la intensidad de la coloración que se desea obtener; el henné puede dar también todos los matices, desde el rubio dorado pálido al rojo cobrizo. Su empleo también puede tardarse en renovar hasta pasados dos meses, gracias á la persistencia de la coloración.

Para que el pelo que empieza á platear tome el color primitivo castaño oscuro y sin peligro alguno para la salud, basta con servirse de una decocción de té muy concentrada. Con un cepillo de pelos largos se moja el cabello por la mañana y por la noche. Una infusión de cortezas de nueces verdes produce el mismo resultado.

También aconsejo, con éxito, para el tinte inofensivo en obscuro, humedecer el pelo con una solución acuosa de anacardato de amonio, y des-

pués peinarlo con un peine sumergido en una solución de sulfato de hierro. Cuanto más concentradas estén estas soluciones, más acentuado y más persistente será el color producido.

Digamos algunas palabras de *los cuidados que hay que dar á las cejas*. Se debe cepillarlas todas las mañanas desde cabeza á extremo con un cepillito blando impregnado en agua alcoholizada ó glicerizada. Esta fácil práctica regulariza el brote de esos arcos pilosos tan útiles al encanto de la expresión y aleja frecuentemente la alopecia superciliar.

Las cejas tienen un valor positivo para los fisonomistas. Si son arqueadas, quieren decir que el carácter es el de una naturaleza sensible. Si son espesas, abundantes ó tupidas, demuestran que la constitución de su dueño es robusta por esencia. Por el contrario, cejas poco pobladas, indican falta de vitalidad.

Y desde el punto de vista moral, las cejas finas y muy separadas de la nariz significan indolencia, falta de perseverancia. Las personas cuyas cejas son colgantes, caídas, deben tener un carácter dulce. Cuando las cejas se unen por enci-

ma de la nariz, son positivo indicio de celos y desconfianza.

En cuanto á las pestañas, para conservar su integridad, hay que cuidar los párpados con una higiene visual, bien dirigida; lavar á menudo los ojos con una infusión fría de acianos ó de perifollo. Cuidemos las cejas, que son el verdadero guardapolvo de los ojos: el empleo de una mezcla á la petro-vaselina líquida, que tenga en disolución un centésimo de ácido bórico, se impone, por mañana y noche, en unturas, para fortificar el brote de esos productos pilosos tan útiles y agradables á la vez.

